

El Lyceum Club: un desafío femenino

Autoría: María Pérez Herrero

Afiliación: Escritora e investigadora divulgadora de Mujeres de la Historia; Secretaria General de Entreguiones

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia de las mujeres y asociacionismo	241-253	TDL-79-2022-241-253

RESUMEN DOCUMENTAL

Historia del Lyceum Club Femenino fundado en Madrid en 1926 y de su papel en la modernización cultural y social de las mujeres españolas. El artículo repasa a sus fundadoras, la biblioteca, conferencias, actividades artísticas y campañas de reforma jurídica, así como la oposición que provocó en sectores conservadores. La autora presenta el club como espacio de sociabilidad, formación y emancipación cuya trayectoria quedó truncada por la polarización política y la Guerra Civil.

PALABRAS CLAVE

Lyceum Club · mujeres · Madrid · feminismo · María de Maeztu · asociacionismo · Segunda República

CITA BIBLIOGRÁFICA

María Pérez Herrero. «El Lyceum Club: un desafío femenino». Torre de los Lujanes, n.º 79, 2022, pp. 241-253. ISSN 1136-4343.

El Lyceum Club: un desafío femenino

Por

María Pérez

Herrero

Escritora,
investigadora
divulgadora de
Mujeres de la Historia
(novela *Ni Locas
Ni Tontas*, Espasa).
Premios literarios
de la Comunidad
de Madrid, Premio
Atenea a la Labor
Cultural. Secretaria
Gral. de *Entreguiones*.

Introducción

¿Qué tienen en común Carmen Baroja, María de Maeztu, Isabel Oyarzabal “Beatriz Galindo”, Victoria Kent, Zenobia Camprubí, María Lejárraga “Martínez Sierra”, Clara Campoamor, Matilde Huici, Josefina Blanco, Concha Méndez, o Encarnación Aragonese más conocida como Elena Fortún...? Todas son distintas, unas licenciadas, otras profesionales, otras amas de casa, unas solteras y otras casadas, pero, entre ellas existe un nexo común: Fueron las socias fundadoras del Lyceum Club en Madrid 1926.

¿Un Club exclusivamente de mujeres? Sí. “*Siluetas rectas a lo mancebo, pelo a lo chico, cigarrillos egipcios..., ¡la mujer española se lanza a la modernidad!*”, resaltaba la prensa del momento. Una prensa que



Placa conmemorativa

calumnió la iniciativa bajo la directriz de un catolicismo recalcitrante. Desde su constitución estuvo el Club vilipendiado y señalado, por su modernidad, por ser apolítico y aconfesional, por tener una gran biblioteca que eludía la censura eclesiástica, por tener fines culturales ajenos a las cofradías religiosas, y por motivar, dignificar y querer construir una nueva mujer con derecho al voto y que reclamaba cambios en el Código Civil.

Fundación

Constance Smedley (1881-1941) fundó el primer Lyceum Club en Londres como punto de encuentro de mujeres de ideas avanzadas. Luego se creó el Lyceum de Berlín en 1906, Alys Hallard lo fundó en París en 1913 y siguieron Bruselas, Nueva York... En 1926 había 28 liceos y en Madrid 115 mujeres, entre las que se encontraban las arriba mencionadas. Dirigidas por su presidenta María de Maeztu lo fundaron en la calle Infantas 31 (foto 1).

Según nos relata Zenobia Camprubí en uno de sus escritos:

“La primera persona que vino a hablarme de fundar un Club de Mujeres fue Victoria Kent... creía yo que el resultado más trascendente de su creación debería ser el borrar diferencias de orientación y prejuicios de clase, por medio del común interés intelectual. Pero no me

hacía ilusiones, temía que los prejuicios fueran demasiado arraigados para borrar las diferencias... Me mostré escéptica aun cuando le ofrecí mi ayuda sin más condición que no ocupar ningún cargo.... En contra de mi voluntad me obligaron a aceptar la Secretaría General”¹.

Unos años después el Club pasó a la calle San Marcos 44, pues tal como Zenobia nos sigue informando: “Eno’s Fruit Salt” era dueño del inmueble y necesitaba nuestro precioso local...colocaba una enorme botella de cartón en la entrada”, un elemento más incómodo que disuasorio que obligó al traslado de la sede. En 1939 Serrano Suñer decretó el cierre del Lyceum, se cedió el local a la Falange Española y se convirtió en el Círculo Cultural Medina. El comunicado entre los otros clubs internacionales decía “*Lyceum Club cerrado por causas políticas del país*”.

Los Estatutos² eran comunes para todas las sedes:

“Defender los intereses morales y materiales de la mujer desarrollando todas aquellas iniciativas y actividades de índole exclusivamente económica, benéfica, artística, científica y literaria que redunden en su beneficio”.

Se fomentaba el espíritu colectivo, facilitando el intercambio de ideas y se proponía organizar obras de carácter social, conferencias culturales así como cursillos formativos. Se estipulaban cuatro clases de asociadas: Fundadoras, Proyectoras (las que al darse de alta contribuyen con una cuota de quinientas pesetas), de Número y Transeúntes. Las cuotas de entrada eran de veinticinco pesetas y la mensual de cinco pesetas y aunque las cuotas podrían variar de un país a otro las asociadas debían tener la edad de diecinueve años, o quince siempre que fuera pariente en primero o segundo grado de una asociada.

¹ Zenobia Camprubí, *La llama viva*. Emilia Cortés, pag. 328/329. Alianza Editorial

² Estatutos. Biblioteca Nacional

Plataforma de desarrollo cultural femenino: “Las maridas”

Corre el año 1926 en España. Es la época de la dictadura de Primo de Rivera y el país sufre inestabilidad política, pero el Lyceum será centro de reunión, plataforma de desarrollo cultural y germen de las más avanzadas ideas progresistas femeninas. Durante sólo trece años, pues cerró en 1939, desarrolló una intensa actividad y sus mujeres participaron en lo que fue la eclosión artística, cultural, y literaria nacional de la generación llamada del 27.

Pero ellas no están solas, estarán siempre apoyadas por sus maridos, personas relevantes del Madrid político y social del momento, por lo que la prensa las criticará y las apodará “*las maridas*”, en tono peyorativo: “*El Lyceum es una institución de origen nórdico, anglosajón, ibseniano y liberal. Por tanto, “matriarcaloide”*”. Como en un plan femenino, se excluyen adjetivamente los maridos, el varón. Pierde éste importancia. Es natural que sufra el Lyceum malas miradas de los alrededores españoles eminentemente patriarcales y masculinófilos.

Pero no hay que temer demasiado. Las mujeres del Lyceum madrileño suelen ser en el fondo muy castizas e igualmente suelen seguir siendo utilizadas por el “intelectual como otras por el “cura” (fdo. Ernesto Giménez Caballero)”. Ciertamente, ellas están casadas; con el poeta Juan Ramón Jiménez, el dramaturgo Gregorio Martínez Sierra, el político Azaña, o son familia de los Baroja, del famoso pintor Palencia o del intelectual Altolaguirre.

Son mujeres conscientes de su estatus pero que quieren cambiar su condición de “*mujer de*” para sobresalir individualmente en todas sus aspiraciones, realizarse. Abogadas como Clara Campoamor o Victoria Kent, pedagogas como María de Maeztu, poetas

como Concha Méndez o Ernestina de Champourcin, escritoras como Elena Fortún, médicos o traductoras como la propia Zenobia, periodistas como Isabel Oyarzábal..., y otras muchas más que sin llegar a tener esa relevancia nacional sí asentaron individualmente grandes cambios en la tradicional estructura femenina. Y lo que es más importante, fueron capaces de unirse entre ellas, creer en ellas mismas y en la capacidad que tenían para obrar; fue el germen de las muchas asociaciones de mujeres que nacieron en todo el país: Universitarias, Católicas, u otras como la Asociación Femenina de Educación Cívica.

Como si fueran cerezas que se enredan en el panorama social todos ellos estaban entrelazados culturalmente, bien por la Residencia de Señoritas, por la Residencia de Estudiantes, por el Lyceum Club, o por los teatros de cámara que por esas fechas proliferaron, como el teatro que los Baroja desarrollaron en su propio domicilio: *El Mirlo Blanco*.

Éste último, bajo la dirección de Cipriano Rivas Cherif aglutinó a artistas como Josefina Blanco, incluso escritores como el propio Pio Baroja, Valle Inclán, Eusebio Gorbea y políticos como Manuel Azaña o el poeta Domenchina que, casado con la poetisa Ernestina de Champourcin, fue el secretario de Azaña. Carmen Monné, mujer de Ricardo Baroja propuso dar una representación de *El Mirlo Blanco* a beneficio del Club. Efectivamente se preparó el programa con pequeñas obras teatrales de Pio Baroja y Valle Inclán, se pusieron los asientos a 20 pesetas, se llenó el salón y se reunieron más de cuatro mil pesetas³.

³ Desde el Nido de *“El Mirlo Blanco*, por Carmen Baroja. La Gaceta Literaria, prensa.

Un desafío femenino

La situación de la mujer española en aquellos años 20 estaba todavía sujeta a estrictas normas sociales, patriarcales y eclesiásticas. Mientras, en Europa la primera guerra mundial había “sacado” a la mujer de casa y ésta había ocupado puestos de trabajo de la más variada índole, en España apenas se estaba empezando a ver y a aceptar a la mujer en la universidad y como trabajadora profesional.

No obstante, en las grandes ciudades ya se habían creado las oposiciones a Correos y a Telegrafistas y aunque todavía a unos niveles muy limitados el asociacionismo de mujeres había empezado a dar sus frutos, fue un incipiente feminismo que iría creciendo con los años.

Las conferencias que dictaba Gregorio Martínez Sierra, escritas por su mujer María Lejárraga instaban a ello: *“Consejo mujeres españolas, orden, vigilancia y trabajo. Consejo de buena ama de casa, de madre, de maestra, Hay que estudiar, hay que prepararse...”*.

En otra conferencia dictada por María misma decía *“Hay que empezar convenciendo a estas mujeres que el trabajo siempre dignifica y que lo importante cada vez más es colocarse en condiciones de no ser una carga para los demás individuos de la familia, hay que cotizar el valor intelectual y práctico de la mujer...”*.

La presencia del Lyceum Club supuso una revolución en el orden tradicional establecido: *“Comprenderán ustedes lo mal que había de parecer un club de señoras sin padre espiritual y sin entronización de ninguna imagen religiosa en el local”*, escribe Zenobia Camprubí.

La organización copiaba el modelo internacional y se dividía en Secciones: Artes plásticas e industriales, Literatura, Música, Ciencia, Internacional, Social e Hispanoamérica.

Y siguiendo el relato de Zenobia:

“Mal estaban los cuatro primeros, pero lo de Internacional y Social eran completamente inadmisibles.

—¿Usted sabe lo que es la “Tercera Internacional?”—, nos decía indignada una dama que, en un té, venía atacando al Lyceum sin saber que yo formo a parte de él.

—¡Pero señora si ésta es una sección que se ocupa de mantener relaciones con la casa Central en Londres y con las treinta y tres filiales restantes.

—¡Ve usted!, la casa central de Londres y la presidenta Lady Aberdeen es una protestante”⁴ —me respondió.”

Ataques en la prensa: “Demasiadas letras secan el corazón”.



El Lyceum-Club en la prensa de la época

Los ataques en la prensa no se hicieron esperar y ellas fueron tituladas como “mujeres sin virtud ni piedad” así como criticadas en amplios artículos:

“La mujer española tiene también su club. Nos parece bien que rompa la costumbre nociva

⁴ Zenobia Camprubí, *La llama viva*. Emilia Cortés, pag 331.

y egoísta de su aislamiento, y desarrolle el espíritu de solidaridad y de apoyo mutuo, aportando al panorama social sus grandes virtudes: la moralidad, la clemencia, la delicadeza, la dulzura y la generosidad.. / Pero... el Lyceum debe ser el hogar posible de todas las mujeres españolas, y no una agrupación donde predomine la catedrática y marisabidilla, la doctora redicha y petulante... ¡No por Dios!, este tipo extranjero de señora de anteojos de concha, carpeta debajo del brazo, estirada y seca como un sarmiento que hace la exégesis de Kant o Hegel mientras su marido empuja el carrito del bebé o limpia los cacharros de la cocina, esa mujer de caricatura humorística recuerda con su antipática presencia el axioma de que demasiadas letras secan el corazón.”⁵

No obstante, no cesaron y desde el Club se realizaron importantes obras sociales como La Casa del Niño, donde Rosario Lacy una de las primeras mujeres licenciadas en medicina era la responsable. Aun así, se criticó que las trabajadoras no fueran Hijas de la Caridad, sino mujeres profesionales a las que se les había enseñado puericultura.

De nuevo Zenobia nos lo relata:

“Una guardería modelo, alegre, clara, limpia para niños de 2 a 5 años a cuyo frente estaba la señora del doctor Bastos y que, aparte de las señoras del Lyceum sería atendida por enfermeras diplomadas. ¡Tener enfermeras en vez de encargar los niños a una orden religiosa! Ya fue la bomba final. Nos atacaron en la prensa y desde el púlpito”.⁶

Efectivamente las principales acometidas vinieron de la prensa eclesiástica como *Iris de la Paz*, órgano oficial de la Archicofradía

⁵ La Esfera, prensa, 1926.

⁶ Zenobia Camprubí, *La llama viva*. Emilia Cortés, pag 331

del Inmaculado Corazón de María y del Comité Ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa, que bajo el seudónimo de *Loruen* escribía: “*mujeres sin virtud ni piedad*”, y “*con las piernas al aire*”, “*en él la mujer pierde el sentimiento de la propia dignidad...*”, “*verdadera calamidad para el hogar y enemigo natural de la familia y en primer lugar del marido*”. Como consecuencia de ello numerosas socias renunciaron al Club pues así mandaba la disyuntiva del confesor: o se daban de baja o devolvían la medalla congregacionista de Hijas de María.

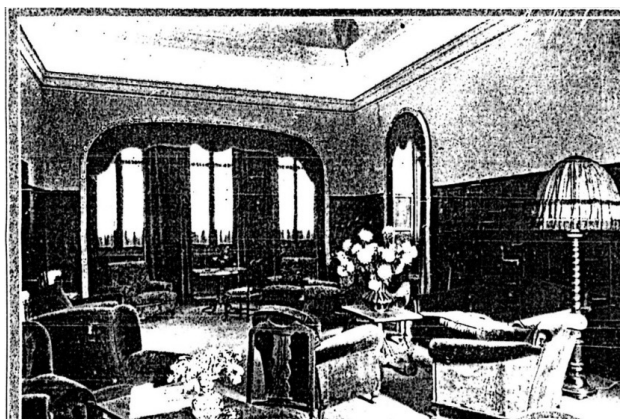
Una labor interminable

María de Maeztu, su fundadora y primera presidenta, fue un motor incombustible que principalmente dedicó su vida a la Residencia de Señoritas que creó en 1915 como el primer centro español de apoyo de estudios, residencia e instrucción para la mujer, (ahora Fortuny 53 sede Fundación Ortega/Marañón). Allí también estuvo de pupila Victoria Kent, que sería posteriormente la primera Vicepresidenta del Lyceum. María de Maeztu, la primera mujer pedagoga, estudió en Alemania e Inglaterra, gracias a las becas de la Junta de Ampliación de Estudios y fue profesora durante dos años en el International School of Girls, en cuya sede (C/ Miguel Ángel 8) se celebraron las primeras reuniones fundacionales.

Esta trayectoria de estudios internacionales proyectó y asentó en María de Maeztu todo su futuro de dedicación hacia la mujer española promocionando su instrucción, pues como ella misma decía: *Es una labor interminable*. Postulaba: “*El derecho a la cultura de la mujer no es un privilegio es un deber que se cumple*”, y así dispuso, para una mayor permeabilidad cultural, el libre intercambio de

socias entre ambas instituciones. Efectivamente sabemos de los cursos de filosofía que se daban en el Club por la propia Elena Fortún, en una carta escrita a su amiga Mercedes Hernández: “*Con lo del club estoy encantada creo que se va a hacer una verdadera labor social en favor de la mujer y del niño. Somos ya muchísimas. Yo pertenezco a la sección de sociología y pienso que mis ciegos van a ganar mucho con ello. Ahora acaba de irse de casa María Rodrigo, que ha organizado un concierto para el domingo en el salón del Lyceum. Cada una aporta lo que puede y todas recibimos más de lo que damos. María de Maeztu va a dar un curso de filosofía para treinta señoras y espero ser una de ellas...*”⁷ Es también la propia Elena Fortún la que en boca de su personaje, la madre de su famosa Celia dice: “*tengo que tomar la cuenta a la cocinera y salir a tomar el té con mis amigas del Lyceum*”.

Pero no solo se tomaba el té en un saloncito primorosamente decorado (foto 2), o se realizaban bailes de disfraces como leemos



El saloncito del Lyceum-Club

en la prensa, era mucho más. Se programaron cursos de derecho hablando sobre la necesidad del voto femenino, se organizaron exposiciones de arte, se representó teatro, y los más reconocidos intelectuales de la

época celebraron allí sus conferencias. En resumen, mujeres, que legalmente no tenían ni siquiera capacidad para obrar económicamente ni para votar, organizaron en la *casa de las siete chimeneas* un

⁷ *Los mil sueños de Elena Fortún*, Marisol Dorao.

polo de atracción para mujeres de ideas avanzadas, que fue base para un desarrollo posterior y decisivo de la mujer en la sociedad española. Al cabo de los años serán figuras sobresalientes de esa España social, política y cultural de principios de siglo: Pilar Zubiaurre, Mabel Rick, Trudy Graa, Maria Martos y Pura Maórtua, Carmen Monne, Eulalia Lapresta, Pilar Valderrama, Ernestina de Champourcin, Elena Fortún... *“Las mujeres no encontraron un centro de unión hasta que apareció el Lyceum Club”* escribió María Teresa León en *“Memorias de la Melancolía”*.⁸

Carmen Baroja estaba a cargo de la Sección de Arte con conferencias de toda índole, tanto exposición de juguetes a beneficio de la Casas del Niño, como de flores o pintura como la realizada por las dos hijas de Sorolla. Esto daba además el beneficio del 10% al Club. En sus memorias escribió:

*“Yo tenía la buena costumbre de dejar a mis conferenciantes sentados en un magnífico sillón que teníamos para el caso, detrás de una mesita con un vaso de agua y hasta alguna flor, y marcharme a casa, pues Rafael, si no estaba para la hora de cenar que solía ser muy temprano, se ponía hecho una furia. Así que casi nunca me enteraba de los que habían dicho”*⁹.

Efectivamente una cruda realidad, una nueva mujer todavía a caballo entre el orden establecido y sus deseos emancipatorios.

Se estrenaron conciertos de música donde Rodolfo Halffter ya presentaba su nueva sonata “Escorial” con innovadoras *turbulencias* como recogió la prensa, teatro vanguardista y/o conferencias con intelectuales de renombre.

⁸ *Memorias de la Melancolía*, M^a Teresa León

⁹ *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* Carmen Baroja, pag 91

De una de éstas nace la anécdota más o menos relatada a conveniencia que cuenta que habiendo sido invitado Jacinto Benavente a dar una conferencia y debido a la premura del tiempo él contestó: “*No puedo dar una conferencia a locas y a tontas*”. Ha quedado como cierta y así aparece a menudo, pero en rigor tengo que decir que carezco de la fuente exacta. La magnífica biblioteca era responsabilidad de María Martos y de María Lejárraga y como decían sus detractores *tenía de todo*, incluso el Corán.

Mucho más allá fueron sus abogadas capitaneadas por Victoria Kent o Matilde Huici quienes redactaron el escrito pidiendo al Gobierno cambios en los Códigos Civil y Penal, reivindicaciones femeninas pues como María Lejárraga dictó en el su conferencia¹⁰ en el Ateneo:

“En la constitución del Estado no existimos, pura y simplemente. Los constituidores no pensaron más que en el sexo fuerte”, “la mujer casada no existe ante la Justicia”. Ella exclamaba con ironía: “No pueden ser tutores ni protutores: los que hubieren sido penados por robo, hurto, los condenados a cualquier pena corporal, las personas de mala conducta, los quebrados y concursados no rehabilitados, y las mujeres. -Como veis vamos en buena compañía” – terminaba diciendo.

El país estaba cambiando con nuevas mujeres diputadas, voto, divorcio, asociacionismo, y reclamaciones de emancipación femenina, y aunque fueron muchos los éxitos que tuvo el Lyceum no siempre esta burguesía femenina estaba de acuerdo con tantas

¹⁰ Conferencia *La mujer española ante la República*, María Lejárraga. Ateneo mayo 1931.

modernidades. Las nuevas elecciones y sucesivos cambios políticos produjeron fisuras entre ellas.

Cuenta Carmen Baroja en sus Memorias¹¹:

“La política lo envenena todo y muchas mujeres se dieron de baja, comprendía que aquello se iba haciendo demasiado político”.

El resto es la historia que conocemos: desgraciadamente una guerra civil de hermanos contra hermanos. Como resultado de ello la mayoría de todas estas mujeres que sobresalieron culturalmente acabaron en el exilio.

Termino con una frase de María Lejárraga, que me gusta y dice:

“Y para terminar un ramito de consejos ¡Estudiad mujeres desocupadas!, ¡Apasionaos, mujeres desapasionadas! Salid, decididas y serenamente en busca de la verdad, que, a mitad de camino, saldrá ella a vuestro encuentro”.

Bibliografía

Han sido muchos años y numerosas obras estudiadas como documentación e investigación, todas ellas nombradas en mi novela *Ni Locas Ni Tontas* editada por Espasa. En cualquier caso, prensa de la época y Biblioteca Nacional han sido mis fuentes principales donde resalto brevemente los *Diarios* de Zenobia Camprubí, *Gregorio y yo* de María Lejárraga, o *Una vida entre la pedagogía y el feminismo* de M^a Josefa Lastagaray.

¹¹ *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* Carmen Baroja, pag 103